

Algar

COLLECCIÓN
CALCETÍN

Misterios, S.L.

Francesc
Gisbert



Introducción

Nos mudamos a principios del verano. Mis padres regentaban una cafetería en Alicante, pero el negocio fue de mal en peor y tuvieron que echar el cierre. Por esta razón, cuando les ofrecieron el traspaso de un restaurante en el pueblo, aceptaron de inmediato.

Nos instalamos en casa de la abuela Carmen. Más adelante, planeaban comprar un piso propio, pero, por el momento, aquélla era la opción más económica. Además, la casa de la abuela estaba formada por dos pisos independientes. Aun así, me dejaron claro que pasarían la mayor parte del día en el restaurante, porque era temporada alta. De manera que debería acostumbrarme a vivir con la abuela.

Mi abuela Carmen era una viejecita menuda y nerviosa que no descansaba ni para tomar alien-

to, a pesar de sus cerca de ochenta años. Siempre zascandileaba de un lado a otro, como las abejas, y mantenía la casa ordenada y más limpia que una patena.

Por desgracia, la abuela no estaba sola. Desde hacía un año, convivía con su hermana. Tía Sofía, como mis padres la llamaban, me pareció la típica solterona de pueblo. Baja y delgada, vestía modelos extravagantes y trasnochados. Se había jubilado hacía poco y decidió trasladarse a casa de la hermana.

Tan pronto como la vi, intuí cuál sería mi cruz. Tropecé con ella el primer día, mientras mis padres desempaquetaban nuestras pertenencias en el piso de arriba. Ella regresaba de pasear el perro:

—¿Quién es esta criatura?

La pregunta sonó como si en lugar de una jovencita, fuera yo una extraterrestre amenazadora, aparecida por arte de magia en la sala de estar.

—Es mi nieta Alicia. Ya te he dicho que la familia de mi hijo llegaba hoy, y que vivirán en el piso de arriba.

Tía Sofía me miró de cabo a rabo, con una mueca de disgusto. Pensé si quizá habría detectado alguna antena u oreja de color verde que me hubiera pasado desapercibida hasta el momento. Mientras tanto, reparé en el singular animal que me olfateaba las piernas. Un perro de aspecto inquietante, mezcla

de muchas razas, de tamaño medio, de un gris desconfiado, con cabeza de fregona y cuerpo de felpudo deshilachado.

—Es Poirot, mi perro. Me ha acompañado durante muchos años. ¿Te gusta?

Iba a contestar, pero me percaté de que la pregunta no era para mí, sino para el perro. Poirot emitió un gruñido cavernoso y bostezó sonoramente. Cuando uno y otra se cansaron de inspeccionarme, con poca aprensión, tía Sofía tosió, de una forma muy peculiar en ella, y suspiró de un modo teatral:

—Me retiraré a mis aposentos, necesito recuperar fuerzas. Carmen, avisad cuando la cena esté servida.

Habló como si fuera la marquesa de Carabás. Era mucho más joven que la abuela, pero no recuerdo haberla visto nunca cerca de una cazuela ni con una escoba en las manos. Cenamos todos juntos. La cena fue más animada de lo que esperaba y la abuela demostró ser una cocinera excelente. Mis padres expusieron sus proyectos de reforma del restaurante. Y tía Sofía nos contó vida y milagros del vecindario. A pesar de llevar menos de un año en el pueblo, ya lo sabía todo de todo el mundo. En especial, lo referente a los casos más escabrosos y macabros de la comarca. La imaginé en el mercado o en la plaza, con el corro de comadres, sangrando a unos y a otros.

Poco podía imaginar, entonces, que el interés de tía Sofía por la vida de los demás obedecía a una clase de curiosidad muy especial. Una curiosidad y unas habilidades de las que pronto sería testigo privilegiado y activa participante. Los relatos que aparecen a continuación son la prueba.

I

El misterio del cuadro

Amaneció un día espléndido. Los primeros rayos del sol me despertaron con una caricia sedosa y cálida, a través de la ventana. En Alicante dormía con la persiana bajada, pues la luz de las farolas y los ruidos de la calle no me permitían conciliar el sueño. Ahora, era diferente. Prefería acostarme con las estrellas chispeando en la ventana, contemplar las evoluciones de la luna y escuchar la canción lejana del oleaje.

Aquel día, me vestí en un santiamén y bajé las escaleras como un rayo, saltando los escalones de dos en dos. Había quedado con la pandilla para dar una vuelta en bicicleta. Cuando llegué a la Torre no conocía a nadie, pero una semana después había logrado hacer unos cuantos amigos en la escuela. La abuela

tenía el almuerzo a punto, en la mesa de la cocina. El aroma a pan recién tostado y chocolate caliente era, sencillamente, delicioso. La abuela Carmen vestía de gris y se movía pesadamente, tambaleando. Pero a los ochenta años se despertaba la primera para prepararnos el desayuno a los demás.

Mientras engullía la tostada mojada en el chocolate, percibí los resoplidos de Poirot. Entró en la cocina como un pequeño remolino. Trotando, meneando la cola, jadeando y gruñendo malhumorado. No hacía falta ser excesivamente perspicaz para intuir a quién precedía:

—¡Qué noche tan horrible! Todos los gatos del vecindario se han congregado ante mi ventana, para desvelarme y hacerme la puñeta.

Tía Sofía hacía acto de presencia. Debía de haber avanzado por el corredor como una artista de cine, y ahora se anunciaba antes de entrar en la cocina. Vestía su bata de seda naranja, zapatillas azules y redecilla en la cabeza, para no despeinarse. Su metro y medio de estatura atravesó la cocina como una exhalación, haciendo ondear los pliegues de la bata. Se sentó ante mí, majestuosa y distante, en el otro extremo de la mesa. Me miró con aparente desdén, como de costumbre, y farfulló algunas palabras a su hermana:

—Creo que me he dislocado el tobillo durmiendo. Quería visitar a Valeria, una buena amiga de la escuela. Su marido ha sufrido un accidente y se ha

roto una pierna. No sé cómo me las arreglaré, porque vive en la masía Roja, en las afueras del pueblo. Podría caerme por una acequia y no encontraríais mi cuerpo hasta semanas después.

—No seas tan exagerada, Sofía —murmuró la abuela, mientras se sentaba y daba a Poirot las sobras de la cena—. Alicia te acompañará. Ella no tiene nada mejor que hacer.

Protesté enérgicamente:

—¡Hoy he quedado con mis amigos para ir en bicicleta!

—Puedes acompañar a tu tía Sofía a casa de su amiga y marcharte después. Así no se cansará tanto, la pobrecita, de ir y volver.

Los morros me quitaron el apetito. La pobrecita tía Sofía no parecía satisfecha de haber logrado destrozarme la mañana, sino que añadió uno de sus habituales sarcasmos:

—No sé si será mejor el remedio que la enfermedad, pero que me acompañe...

Aquel comentario acabó de atacarme los nervios. Era el estilo de tía Sofía. Me resultaba imposible comprender cómo, siendo hermanas, podía ser tan diferente de la abuela. La abuela Carmen era una mujer tranquila y bondadosa, de esta clase de personas que ni pierden nunca la paciencia ni la hacen perder a los otros. Tía Sofía era todo lo contrario. Tenía un carácter insoportable, seco como el esparto y áspero

como un estropajo, disfrutaba pinchando y criticando y presumía de saberlo todo de todo el mundo. Además, desde que la conocía, siempre estaba cansada y quejándose de sus innumerables males (dolor de cabeza, de riñones, de ojos, de trasero, de...).

Lo peor es que la abuela la defendía y la consentía. Como era la hermana pequeña... A veces le decía «niña» y todo. ¡Y eso que ya pasaba de los setenta años! No me sorprendía nada que una mujer así se hubiera quedado soltera. Cualquiera cargaba con ella...

Salimos de casa y emprendimos el camino. Íbamos del brazo, serias y sin mediar palabra, como en una procesión de penitentes. Poirot correteaba a nuestro alrededor. Tenía la esperanza de que, al realizar la entrega, podría coger la bici y buscar a mis amigos. Pero tía Sofía parecía leer mis pensamientos. Caminaba despacio, a un ritmo desesperante, con su bastón. Se detenía a cada esquina para saludar a una vecina o mirar el escaparate de una tienda.

Al dejar atrás las casas y emprender una cuesta flanqueada por casas de campo, pensé que ya no habría ocasión de tantas distracciones. Entonces, en un ataque de simpatía sin precedentes, comenzó a detenerse ante todas las plantas y matorrales, para ilustrarme con el nombre y explicarme sus aplicaciones medicinales. Faltó un pelo para que me tirara de cabeza por el lado del barranco.